

Identidades culturales y poder entre las Américas¹

por Eduardo J. Vior,
Dr. en Ciencias Sociales
Magdeburgo, Alemania

Desde 1898 hasta 1989 las visiones mutuas de Estados Unidos y América Latina se caracterizaron por una dicotomía ambivalente: por un lado ambos complejos culturales definían su identidad y/o la completaban mirándose en el espejo del complejo opuesto. Esta dicotomía era a la vez ambivalente, porque incluía momentos de fascinación y rechazo del Otro.

Con el final del “corto siglo XX” (Hobsbawn 1994) cambió el patrón de relaciones entre las Américas: mientras que los Estados Unidos hegemonizaron gran parte de las mismas, los estados latinoamericanos perdieron soberanía y capacidad de integración. De ese modo ya no son referente para la identidad latinoamericana. Al mismo tiempo, las migraciones hacia los Estados Unidos y la resistencia etnocultural están extendiendo la cultura de América Latina 3.000 kilómetros más hacia el norte. Así se desplazaron las fronteras “internas” y “externas” de los espacios culturales latinoamericano y estadounidense.

Entre la Guerra de Cuba en 1898 y el bombardeo de Panamá en 1989 las élites latinoamericanas formularon valores, normas y sistemas simbólicos orientadores en base a sus percepciones de los Estados Unidos. Ante la evidente voluntad de éstos de ejercer su poder sobre todo el continente los dirigentes e intelectuales del sur reaccionaron contradictoriamente: o los condenaron en bloque o se sometieron anticipadamente. Esta ambigüedad dejó huellas en las identidades nacionales y su denominador común: la identidad latinoamericana.

La visión norteamericana de la América Latina, en tanto, combina la fascinación por la vitalidad y erotismo que se le atribuye con el paternalismo y el temor a los riesgos que las supuestas debilidades de la misma pueden acarrear para la seguridad nacional de los Estados Unidos (Aparicio 1995:383).

¹ El presente artículo está concebido como un ensayo breve. Como tal se entronca en la tradición investigativa “nuestroamericana” (Cerutti G., 2000) y representa una aproximación al tema.

La preposición “entre” en el título considera por lo menos tres de sus significados posibles: a) mediación entre dos objetos diferentes considerados en su totalidad (las fronteras que separan a las Américas una de otra), b) dentro de (las fronteras internas de las Américas), c) participación y/o cooperación (las fronteras marcadas por la interacción de las Américas) (RAE, 2000; Vox, 1990). El autor reconoce plenamente la cercanía de esta idea al concepto de “espacio cultural interamericano” utilizado por C. Rincón (1999 cit. por E. Spielmann, 2000:24).

La actitud norteamericana ante América Latina se constituyó entonces desde 1898 por una ambivalencia: sobre la imagen del subcontinente proyectó los deseos y temores que necesitaba reprimir dentro de la propia sociedad para mantener un cierto equilibrio. El imaginario estadounidense colocó en ella tanto la atracción por lo deseado (y prohibido en la propia sociedad) como el miedo a lo desconocido. América Latina se convirtió en esa fantasía en responsable por la eventual penetración en el continente de peligros procedentes del otro lado del Atlántico, ya que la debilidad y capacidad de seducción que se le atribuyeron la hacían aparentemente susceptible a ser el vehículo de la dominación de potencias europeas sobre el continente que, a su vez, podía poner en peligro la seguridad de los Estados Unidos. Éstos se convirtieron así en tutores del continente sin atreverse a poner sus temores en discusión (García Canclini 2000:67). Pero al negarlos los perpetuaron. Especialmente el racismo interno –reacción al temor que provocaba a las élites la presencia de los ex-esclavos afroamericanos emancipados en 1863- fue materia a trasladar a las relaciones continentales (Campbell/Kean, 1997:248-49). Al realizar y asegurar esa proyección mediante diversos mecanismos, las élites norteamericanas pudieron percibir a América Latina como externa a la propia sociedad y de ese modo concentraron en su consciencia la formación de la identidad nacional en torno a su visión de Europa.

También en América la historia dio un vuelco hacia 1989: la formación de un orden imperial² mundial en torno a los Estados Unidos y la pérdida de autonomía de los Estados nacionales latinoamericanos desplazaron las fronteras inter- e intraamericanas. La frontera separa, pero al mismo tiempo vincula espacios, culturas, prácticas (Wilson / Donnan, 1998:1-30). Pero la función de las fronteras en la construcción de identidades culturales y su influencia sobre la concentración de voluntades de poder hasta 1989 es sólo una parte de mi tema. El surgimiento de otras nuevas, sus efectos sobre la reconstitución de identidades y la transferencia multidireccional de poder en el continente son el segundo aspecto.

Cuando mencionamos aquí a América Latina y a Estados Unidos hablamos de “proyectos” y no de entes. Así como hay “proyecto norteamericano” hubo durante el siglo XX varios “proyectos latinoamericanos”. Al poner en práctica los mismos surgen “visiones”³ de sí mismos y del Otro. El método de este trabajo consiste en interrelacionar las “visiones de las Américas” para determinar sus fronteras, establecer sus continuidades y rupturas acentuando el papel desempeñado por las prácticas de poder, ver qué efectos tuvo esa relación en la formación de cada uno de los espacios culturales y como se proyectan al siglo XXI.

Continuidad y rupturas en las visiones de las Américas

² Sobre el concepto de “Imperio” v. más abajo “El fin de la dicotomía y las nuevas fronteras”.

³ El término „visión” tiene en español e inglés connotaciones diferentes. En una primera acepción significa en ambas lenguas la materialización de la acción de “ver”. Pero en su segunda acepción ambas lenguas difieren: mientras que en español representa una ilusión, en inglés expresa un horizonte religioso digno de ser alcanzado (Oxford, 1989; Vox, 1990). En este texto se usa con el significado español, pero teniendo en cuenta las interferencias inglesas en el castellano hispanoamericano.

El estudio de las fronteras entre los espacios culturales en las Américas procura establecer regularidades y peculiaridades así como predecir desarrollos futuros. Como paso previo en este apartado se exponen algunos supuestos básicos.

Para estudiar las Américas es necesario construir conceptos que partan de su singularidad y consideren su papel en la historia mundial desde el siglo XVI. Para ello se aplica una perspectiva histórica abarcadora en la que se ve el desarrollo de las sociedades humanas como dependiendo de su capacidad para adaptarse a cambios ambientales, seleccionar entre diferentes alternativas, variar pragmáticamente esas soluciones y asegurar la continuidad de sus creaciones. Es un proceso colectivo de aprendizaje y conocimiento del entorno y de sí mismos tanto como de elaboración de las técnicas adecuadas para aplicar esos conocimientos. En este sentido la perspectiva aquí aplicada se acerca a algunos de los desarrollos recientes más creativos del enfoque evolucionista (Diamond 1997).

La evolución humana depende del aprendizaje, se da por múltiples caminos y modifica sus finalidades en cada adaptación y variación. Como este aprendizaje es parte de un proceso de intercambios sociales, lleva repetidamente a nuevas reestratificaciones y por lo tanto a la desigualdad: Este proceso tiene siempre un componente de violencia que sólo puede ser regulado por la acción disciplinante del poder. Sin embargo, todo ejercicio de la violencia produce una herida, aunque sus efectos puedan ser positivos. Y la formación de identidades, sean individuales o colectivas, requiere restablecer la unidad simbólica del sujeto. Así es que la necesidad de suprimir de la consciencia el recuerdo de esta herida y restablecer su unidad interna lleva –en el caso de la consciencia colectiva- a una reestructuración de las relaciones sociales en su visión del mundo y de sí misma mediante los mecanismos de *negación, supresión, proyección y desplazamiento*.

Por homología con la teoría psicoanalítica de la identidad (en la versión de J. Lacan) estos mecanismos organizan la ideología como requerimiento del equilibrio social (Vior, 1991:80-120). En esta concepción la ideología ocupa el lugar del Yo en la teoría freudiana. Rehaciendo el camino, al reconstruir las circunstancias bajo las que el grupo social sufrió la herida, pueden detectarse sus mecanismos de construcción de identidad. En este esquema la consciencia (espacio predilecto de los discursos de identidad) sería un u-topos (un no-lugar) en el que se darían los intercambios entre transferencia y contratransferencia (Porath 1997:134-68). La identidad de la cultura (como la de los individuos) sólo existe entonces por su referencia a los causantes materiales o fantasmagóricos de la herida que le dio origen. *No existen identidades por sí mismas, sino en relación con otras*. Toda identidad es un efecto, pero como efecto ideológico generador de nuevas prácticas que organizan la vida individual y colectiva y por su lugar central en el intercambio de sentido, da el marco para la acción de las energías determinantes de la existencia humana. La identidad concentra conscientemente y da dirección a esas energías. Al sistema así concebido de disciplinamiento y organización de las energías vitales en torno a fines lo denominamos *poder*. A las estrategias que le dan dirección, *voluntad de poder*.

Siguiendo a M. Foucault (1994), el poder es un sistema de disciplinas para asegurar la posibilidad de producción, circulación y reproducción de la vida. Ese sistema se concentra en torno a puntos nodales seleccionados contingentemente en los que se instalan los aparatos de coacción y persuasión necesarios para imponer las estrategias del sujeto

individual o colectivo. Por eso, a los efectos del análisis social, no existe „el poder“, sino „los centros de poder“ y no es posible „tomar el poder“, sino „alcanzar el control de los o crear los centros de poder“. Aplicando este giro interpretativo al análisis sociopolítico y cultural se supera la visión del poder como cantidad y/o facultad delegada (Hindess 1996). No existen “cantidades de poder” que los súbditos entregan al soberano o los ciudadanos al Estado democrático; todo individuo y todo grupo social conserva siempre su poder. La posibilidad de movilizarlo y hacerlo socialmente efectivo depende de su voluntad, la que – como hemos visto- a su vez depende de la formación de identidades que le den una motivación y una dirección. Por eso la formación de nuevas voluntades y centros de poder depende de la existencia y efectividad de élites intelectuales capaces y decididas a construir identidad. En este contexto los instrumentos de dominación (dinero, violencia y persuasión) pueden incidir para acelerar y/o inhibir la construcción de identidades, pero su efectividad no es automática y depende de las circunstancias históricas específicas. El poder es contingente y sólo depende de la voluntad y las circunstancias.

El proceso identitario se produce a través de dos tipos de rupturas reiteradas: la que diferencia al „Yo“ o „Nosotros“ del „Otro“ y la que diferencia el „Antes“ del „Ahora“. La diferenciación respecto al „Otro“ se realiza a través de dos proyecciones complementarias y contradictorias: a) la reiterada referencia a un sujeto externo percibido como amenazante⁴ y b) la segregación (supresión o negación) de minorías en la consciencia para restaurar la unidad imaginaria perdida⁵. La diferenciación entre el „Antes“ y el „Ahora“, a su vez, es necesaria para absolutizar el carácter contingente de las ideas.

Así se construyen rupturas históricas que nunca existieron en la forma propuesta, o se niegan, se suprimen y/o se desplazan rupturas efectivamente producidas, especialmente para suprimir su violencia intrínseca y presentarla como externa al cuerpo social. Estas maniobras tienen efectos sobre las identidades colectivas y las percepciones mutuas entre dos complejos culturales aquí tratadas, porque en las coyunturas de ruptura⁶ se modifican las identidades y, por lo tanto, los sistemas de poder.

⁴ La simple constitución de la diferencia no basta habitualmente para definir identidades culturales: en la mayoría de los casos la diferencia debe percibirse como amenazante para poder construir al Otro como extraño. Sin el “extrañamiento” del Otro parece no haber delimitación del sujeto. Pero como el espacio del sujeto-consciencia-identidad es un “no-lugar”, la delimitación simbólica del sujeto sólo puede darse por la negación del Otro extraño. De modo que el sujeto sólo puede existir en su relación con el Otro negado. En esta relación la ruptura supone por tanto la continuidad y viceversa. Sólo remitiéndonos a la fractura originaria podemos reubicar al sujeto en su virtualidad histórico-social.

⁵ Inversamente la aceptación (en un ejercicio de “resignación positiva”) del Otro como similar y diferente está en una correlación positiva con la disposición a aceptar e integrar productivamente la diferencia interna. Esta ecuación del desarrollo identitario tiene una gran importancia para la relación entre las culturas: cuanto mayor capacidad tenga una de aceptar sus propias diferencias y rupturas internas, mayor será su habilidad para tratar equilibradamente con las otras y a la inversa. Sólo la aceptación de la propia relatividad puede abrir el camino a la convivencia entre las culturas.

⁶ Sobre el concepto de „coyunturas de ruptura“ v. J.C. Chiaramonte (1982).

Por eso la reconstrucción de las coyunturas de efectiva ruptura es una de las primeras tareas para restablecer el sentido de los discursos colectivos⁷. Para cumplir con este objetivo en este texto se ha organizado la historia de las visiones mutuas de los Estados Unidos y América Latina en el siglo XX en tres grandes etapas determinadas por cuatro rupturas.

Las visiones y fronteras entre las Américas en el siglo XX

„El corto siglo XX“ (E. Hobsbawn 1994) fue más largo en América que en Europa. Comenzó en 1898, cuando los EE.UU. intervinieron en la Guerra de Independencia de Cuba, y acabó en las Navidades de 1989, cuando la aviación norteamericana masacró a 4.000 civiles en la Ciudad de Panamá buscando a su ex-protégido, el General Noriega.

1ª ruptura: Unos son americanos, los otros necesitan adjetivo

Cuando los Estados Unidos intervinieron en la Guerra de Cuba en abril de 1898, lo hicieron para cumplir la autoasignada misión de propagar la Libertad, acabar con el colonialismo y poner orden en el Hemisferio Occidental después de reprimida en 1890 la última resistencia indígena y completado el control del espacio interno (Koenig 1992:409-18; Tindall/Shi, 1984:592-600; Zuleta, 1998). Al mismo tiempo trataban de frenar los avances británicos y alemanes sobre el continente que percibían como amenazantes (Lammersdorf 1994:30-34).

Así el expansionismo norteamericano en el continente combinó desde el principio absolutismo ideológico, intereses económicos y el miedo a agresiones transoceánicas que pudieran aprovecharse de “la debilidad” latinoamericana para amenazar a EE.UU.

La actitud prepotente de éstos antes de la guerra y su posterior anexión de Puerto Rico, Filipinas y algunas islas del Pacífico, así como su ocupación de Cuba difundieron la percepción de su mensaje de la Libertad como máscara de su expansionismo.

En la propia opinión pública las iniciales resistencias antianexionistas (Tindall/Shi 1984:600-03; Zuleta 1998) se silenciaron apenas se percibieron los beneficios de la expansión. En los años siguientes el antimperialismo liberal democrático apoyó la política de “ordenamiento” en el Caribe, mientras que el aislacionismo conservador predominante hasta 1941 aceptó las intervenciones en el continente mientras las ganancias fueran mayores que las pérdidas y no implicaran dar a las poblaciones dominadas la ciudadanía norteamericana (Lerner 1958:900-01). El derecho autoatribuido de intervenir en los asuntos de los países del sur combinaba el absolutismo ideológico (un solo tipo de sistema

⁷

De ningún modo debe entenderse este procedimiento metodológico como animado por la pretensión de restablecer “la verdad” frente a “la ilusión”. Esta intención sería pedante y estaría fuera de lugar en tanto se arrogaría una posición de Verdad inexistente. Pero esta relativización tampoco implica la imposibilidad de determinar la objetividad del sentido social producido en torno a las coyunturas de ruptura. Sólo que la única alternativa para acercarse a este ideal tan lejano es tratar de restablecer el conjunto de las significaciones producidas en torno a las fracturas histórico-sociales.

económico y político era el correcto) con el racismo. Así la expansión exterior fue equivalente a la segregación interna.

En 1898 la reacción de los intelectuales de todo el continente comenzó inmediatamente con un famoso discurso de Paul Groussac (fundador y primer director, de origen francés, de la Biblioteca Nacional argentina) condenando la intervención norteamericana con una advertencia contra el espíritu “materialista y calibanesco” que con la victoria de los Estados Unidos se extendería por todo el continente y al que él oponía el “espíritu latino” (Fernández R. 1995 [1971]:33).

El discurso de Groussac fue continuado por el ensayo de Rubén Darío „El triunfo de Calibán“ (1989:161-66), editado poco después en Nueva York, pero la respuesta definitiva la dio José E. Rodó en 1900 en su ensayo „Ariel“ cuya llamado a idear una ética laica y democrática (Acosta 2000) influyó duraderamente a la juventud intelectual del continente (Ette/Heydenreich 2000).

Los tres autores receptionaron el motivo shakespereano de „La Tempestad“ a partir de la versión elitista popularizada por Ernest Renan en 1878 que Rodó modificó en un sentido democrático. El „arielismo“ fundamentó el primer latinoamericanismo de la historia como opuesto al espíritu „yanqui“⁸. Por la falta de estudios relevantes sobre la historia y sociedad de América Latina y por la propia educación europeizante esta juventud intelectual encontró sus motivos en la literatura (Acosta 2000; Berg 1995:159-72; Fernández Retamar 1995 [1971]; Vior 2001a; Werz 1992:97-99).

La búsqueda del origen iniciada entonces se hizo más concreta a partir de 1910 con el Ateneo de la Juventud en México (Leinen, 2000) la generación del Centenario en Argentina y la Revolución Mexicana. Radicalizando su programa liberal originario por el agrarismo ésta despertó un movimiento nacionalista que en 1914 suscitó la intervención norteamericana en Veracruz y evitó la guerra gracias a la intervención diplomática del “Pacto ABC” (Argentina, Brasil y Chile). Desde el inicio del siglo XX la introducción de reformas democráticas y sociales y la construcción de identidad nacional fortalecieron la identidad latinoamericana y chocaron con las intervenciones norteamericanas. Este paradigma se reforzó a partir de 1918 con la Reforma Universitaria que de Córdoba (Argentina) irradió rápidamente a todo el continente.

Los Estados Unidos, a su vez, percibieron el antimperialismo y nacionalismo latinoamericanos como recaídas antiliberales, así como riesgos para sus inversiones y su seguridad nacional. Mediante un programa de reformas liberal democráticas Woodrow Wilson (1913-21) procuró integrar social y económicamente en la sociedad norteamericana a las masas inmigrantes del sur el este de Europa. Para las regiones de origen de esos grupos propuso también después del fin de la Primera Guerra Mundial en 1918 la autodeterminación y la soberanía popular. Pero su programa reformista interno dejó fuera a

⁸ En su ensayo “Caliban: Suite de ‘La Tempête’”, (Paris, 1878, en: Oeuvres complètes, tomo III, Paris, 1949:378-401) Ernest Renan propuso la antinomia Ariel-Calibán as como una metáfora de la oposición entre élites y “vulgo” democrático. Estas connotaciones conservadoras fueron modificadas por Rodó, quien veía en “el gobierno de los mejores por su inteligencia y educación” (Acosta 2000:14) el correctivo necesario para la masificación triunfante en los Estados Unidos. Investigaciones recientes lo ven como el fundador de la filosofía latinoamericana (Acosta 2000, Ainsa 2000).

los afroamericanos y a los mexicanos del suroeste. A los países dominados del Caribe y a México les negó a su vez el derecho a la autodeterminación en un nuevo ejercicio del racismo.

La segregación interna y externa fue elaborada por la literatura, las artes y los medios para que no afectar negativamente el funcionamiento del modelo (Vasey 1993:224).

Para el aislacionismo predominante en los años 20 el expansionismo norteamericano en el Caribe y América Central se parecía demasiado al colonialismo que Washington criticaba en sus aliados europeos, era caro e inefectivo. Se imponía un cambio de método.

2ª ruptura: "Realismo y seguridad continental"

La crisis de 1930 y el surgimiento de los nacionalismos populares, primero en México y Brasil y luego en Argentina (Vior 1985), fueron un giro de la política latinoamericana paralelo al pasaje de norteamericano del „Gran Garrote“ a la „Buena Vecindad“.

Confrontados con la superación de la crisis económica y pronto con el agravamiento de la situación europea, desde el comienzo de la Presidencia de Franklin D. Roosevelt (1933-45) los Estados Unidos procuraron asegurarse el apoyo del continente americano reduciendo los costos de intervenciones propias (Tindall/Shi 1984:762).

El abandono progresivo de las expediciones militares en el continente había comenzado ya durante la Presidencia de H. Hoover (1929-33), pero entre 1933 y 1941 rigió una versión de la Doctrina Monroe orientada exclusivamente contra intervenciones extracontinentales. La combinación de aislacionismo respecto a los problemas europeos, formación de un bloque continental y promoción del comercio y las inversiones norteamericanas en la región redondeó la política continental de los Estados Unidos (König 1990:438-46).

Cuanto más empeoraba la situación internacional, más intenso era el intento de incluir a todos los estados del continente en pactos de seguridad colectiva. De ese modo el gobierno de Roosevelt esperaba también asegurarse las materias primas y los mercados de los países latinoamericanos.

Esta relación estrecha entre la defensa de la "seguridad continental" y la promoción de los intereses económicos norteamericanos no escapó a la percepción de los principales países del sur (Argentina, Brasil, Chile y México) que desde 1933 introdujeron mecanismos económicos de regulación y proteccionismo para promover la industrialización sustituyendo importaciones.

La política continental de Roosevelt reemplazó el "internacionalismo liberal democrático" de W. Wilson por un "liberalismo realista" (Smith 1994:121-22) que se limitó a conservar el status quo garantizando al mismo tiempo la hegemonía continental

norteamericana⁹. Los Estados Unidos convalidaron así regímenes dictatoriales como el de R. Trujillo en la República Dominicana.

La política de la „Buena Vecindad“ reemplazó las intervenciones directas por las indirectas. Al final de la Segunda Guerra Mundial, los EE.UU. habían aumentado sustancialmente su dominio económico sobre el Continente y le habían añadido el militar. La visión panamericanista de Roosevelt vinculó duraderamente la defensa del continente con la promoción de los propios intereses económicos y el apoyo a regímenes conservadores.

Para diferenciarse y preservar las propias estrategias de desarrollo los nacionalismos populares de la posguerra (Vior 1985) acentuaron en consecuencia su antimperialismo. Sin embargo, cuanto más se consolidaban, más pragmáticos y menos radicales eran. Así después de 1945 y del comienzo de la Guerra Fría, los Estados Unidos no veían la realidad continental con simpatía, pero tampoco como peligrosa (König 1990:453-55). La amenaza venía nuevamente “de afuera” (el expansionismo soviético) y los vínculos comerciales y militares de los años anteriores se usaron durante los gobiernos de H. Truman (1945-53) y D. Eisenhower (1953-61) para „la defensa de la Democracia y la Libertad frente al Comunismo“.

Como sucesor de Roosevelt sin legitimidad propia, Harry Truman reconvirtió la economía de guerra norteamericana y desmovilizó a las tropas intentando al mismo tiempo profundizar las reformas integracionistas del “New Deal” y resistir a la ofensiva de los republicanos que querían disminuir la influencia de los sindicatos y desmontar la élite reformista demócrata acusándola de “comunista” (Tindall/Shy 1984:811-16). Sin mensaje propio, el Presidente se plegó al discurso maccartista predominante para salvar las reformas y garantizar la unidad nacional. Dado que la conducción sindical de la AFL-CIO acompañó ese giro, los proyectos reformistas formulados en los años 30 como parte de discursos de izquierda se sometieron al fortalecimiento de la alianza anticomunista con el “complejo militar-industrial”, como lo denominó el mismo Eisenhower al despedirse del cargo en 1961.

El reverso de esa política integracionista fueron el recrudecimiento del racismo y la renovada relegación de las mujeres al ámbito doméstico después de su participación en el esfuerzo de guerra, una de las explicaciones del enorme crecimiento demográfico hasta los años 60. Nuevamente puede constatararse una correlación directa entre exaltación nacionalista y la segregación interna.

Para el nacionalismo latinoamericano, en tanto, los autoritarismos europeos de la entreguerra y la bipolaridad de la posguerra ofrecían la oportunidad de independizarse y negociar con Washington sin tener que enfrentarlo.

⁹ Durante los años 30 y 40 los Estados Unidos firmaron acuerdos comerciales y militares bilaterales con numerosos países latinoamericanos dándoles para sus materias primas acceso a su propio mercado y obteniendo a cambio la entrada de bienes industriales en los mercados de aquéllos. Estos acuerdos se completaban con el suministro de material militar. Así los países latinoamericanos signatarios desistían de desarrollar su industria, se hacían tecnológicamente dependientes y se endeudaban (König 1990:447-53).

La necesidad de salir de la crisis llevó a los principales países latinoamericanos (Argentina, Brasil, Chile y México) a aplicar la estrategia del desarrollo orientado hacia el mercado interno, integrándose regional y socialmente junto con la solidaridad latinoamericana y una actitud pragmática hacia Washington. Los EE.UU. se habían convertido de amenaza en desafío con el que competir y negociar.

Gracias al nacionalismo se formó una identidad común latinoamericana basada en reapreciaciones compartidas de la historia, el territorio, la lengua, la estética y las costumbres. El surgimiento de un mercado latinoamericano para el consumo de cultura popular fue el signo distintivo de esta visión de sí mismos apoyada en los nacionalismos. Se trataba de un lugar común intermedio en el que todos se reconocían aunque con percepciones diferentes.

El espacio de maniobra internacional de los regímenes nacionalistas estaba en estrecha correlación con el grado de integración social interna. Países con una gran masa campesina sobre la que descargar los costos de la industrialización y la política social (por ejemplo México y Brasil) podían permitirse compromisos tácticos más atrevidos con Washington que aquéllos, como Argentina, en los que la integración de todos los sectores populares al movimiento nacionalista había estrechado los márgenes de maniobra interna.

Al mismo tiempo la política de emblocamiento de los Estados Unidos, producto del miedo y la necesidad de mantener los equilibrios internos, desequilibraba los procesos reformistas en el continente.

En esos años los EE.UU. consolidaron sus vínculos con las naciones del Continente mediante el Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca (TIAR) de 1947 y la formación de la OEA en Bogotá en abril de 1948¹⁰. Con estos instrumentos institucionalizaron la combinación de panamericanismo e intervenciones militares aún hoy constituyente del sistema hemisférico (König 1990:454-55).

Convencidos los Estados Unidos de que la democracia era “improbable” en América Latina (Smith 1995:180-81), intervinieron en 1954 en Guatemala para deponer al presidente reformista electo y agudizaron el enfrentamiento con Cuba a partir de 1959. En su apoyo a las élites conservadoras los Estados Unidos bloquearon en la época del “realismo ” sus propios intentos de propagar la democracia en el continente y desmerecieron el valor de la misma.

3ª ruptura: Seguridad Nacional para la „Libertad (norte-)americana“

Los nacionalismos populares alcanzaron los límites de sus reformas ya en los años 50¹¹, aunque la capacidad de control del régimen mexicano le permitió postergar la crisis

¹⁰ La coincidencia de la Conferencia Panamericana que se proponía fundar la OEA con el alzamiento popular por el asesinato de Jorge E. Gaitán (el “bogotazo”) simbolizó la relación entre diplomacia continental y sentimientos populares y confirmó los temores de la élite norteamericana fortaleciendo su política de control continental.

¹¹ El hecho de que el gobierno de João Goulart (1961-64) haya sido derrocado en marzo de 1964 por un golpe militar con intervención norteamericana por haber querido introducir la reforma agraria y

hasta 1982. La limitación de su desarrollo se correspondió con la reducción de su influencia internacional por la agudización de la Guerra Fría en el mismo período. Los compromisos con los grupos conservadores los debilitaron internamente e indujeron en varios casos radicalizaciones discursivas que la conducción norteamericana percibió como antesalas de golpes de estado comunistas. Esta polarización provocó el tránsito a la tercera fase de las visiones interamericanas: la de la “seguridad nacional” y el antimperialismo revolucionario.

Por el estancamiento del crecimiento económico en un nivel de modernización relativa que había despertado numerosas expectativas y la crisis de los nacionalismos populares (König 1990:457-59), la Revolución Cubana y la agudización de la Guerra Fría entre 1959 y 1961 las surgentes contraélites intelectuales y populares latinoamericanas comenzaron hacia 1960 a ver a los Estados Unidos y sus aliados internos como enemigos¹².

Estos, a su vez, percibieron a la Revolución Cubana como una agresión soviética a su seguridad, la que debían combatir militarmente. Sucesivas conferencias interamericanas debieron legitimar esta política (König 1990:462-65).

Para la misma se movilizó en el plano interno el consenso anticomunista unificador resultado del período maccartista (1947-53). Los liberales, ya adaptados al “realismo” por F.D. Roosevelt, se aseguraron su supervivencia política deslastrando el reformismo que los caracterizaba en los años 30. Con el comienzo de la Guerra Fría en 1947 el gobierno de Harry Truman (1945-53) combinó el discurso anticomunista con la continuidad de la política de integración social y expansión del consumo de masas. De ese modo se constituyó un sólido bloque anticomunista que hegemoniza la sociedad norteamericana hasta nuestros días: los sindicatos y muchos sectores reformistas del Partido Demócrata se incorporaron a ese bloque y avalaron sus políticas exteriores, de seguridad y de defensa así como su discurso paranoide para asegurarse la participación en la expansión de la sociedad de consumo. En la arena internacional con esa mutilación argumental los Estados Unidos se enajenaron las simpatías anticoloniales y sociales de África, América Latina y Asia de las que en parte habían disfrutado en la posguerra (Smith 1995:186). Para mantener el equilibrio internacional sin perder apoyo interno los conservadores respetaron de mala gana ese pacto hasta fines de los años 70.

Base y motor de este desarrollo fueron los cambios en la sociedad norteamericana después de 1945: gigantesco crecimiento demográfico (más de 40 millones de habitantes nuevos entre 1945 y 1970, un 30 por ciento más de población), aparición de una masa juvenil ávida de consumo y participación, continuo crecimiento económico hasta mediados de los años sesenta, aumento del consumo y su extensión a la mayoría (aunque importantes bolsones de pobreza subsistieron y explotaron en alzamientos después de 1965), innovación tecnológica en el campo y aumento del éxodo rural, crecimiento de los suburbios y

controlar las remesas de ganancias al exterior no hace más que confirmar la constatación sobre los límites del nacionalismo popular (Vior 1991:264-70).

¹² Aquí sólo puede mencionarse la relación multidireccional existente entre la urbanización, la extensión de la asistencia sanitaria y de la educación, la ampliación del mercado de consumo, las dificultades del crecimiento económico y la radicalización de la juventud de clase media (Werz 1992:112-16).

multiplicación de la clase media urbana, cambios en la sociabilidad por la expansión de la televisión, los centros comerciales, la casa unifamiliar y la mayor posibilidad de viajar, etc.

Al mismo tiempo el relegamiento de la mujer al hogar, el renacimiento de la vida parroquial y el miedo a posibles crisis (en parte por el recientemente extendido endeudamiento) consolidaron el conservadorismo hegemónico. Sin embargo la velocidad de los cambios y sus consecuencias: la masificación y pérdida de sentido de vida, la polarización en torno al movimiento por los derechos civiles, así como la protesta juvenil difundían hacia 1960 un malestar cargado de violencia potencial (Tindall/Shi 1984:838-56 y 871-76).

Cuando triunfó la Revolución Cubana en enero de 1959 esta necesidad norteamericana de descargar la latente violencia interna por un lado y la frustración acumulada en la isla durante casi un siglo por el otro polarizaron la confrontación con un absolutismo ideológico que en otras circunstancias hubiera sido relativizable. Así la alianza de Fidel Castro con la Unión Soviética y la pánica reacción de Washington fueron inevitables.

La negación mutua total modificó la dicotomía continental: la Segunda Declaración de La Habana de 1962 y la Doctrina de Seguridad Nacional remplazaron a la combinación de negociación y conflicto del período anterior por un clima de guerra.

Entre la segunda y la tercera etapa en la historia de las visiones interamericanas no hay rupturas estructurales significativas, sino un cambio radical en las percepciones mutuas: la mayoría de los latinoamericanos descreyeron de los Estados Unidos, mientras que la Revolución Cubana fomentaba una sensación de dignidad recuperada. Tanto mayor entonces el miedo de aquéllos. Bajo esta modificación en las visiones mutuas entre las Américas el antimperialismo revolucionario apareció en América Latina como una alternativa para concentrar poder en torno a nuevas élites contra el agente externo que se percibía como enemigo.

Según esta visión la historia continental estaba llegando a su meta: tras un largo pasado de dominaciones coloniales llegaba la hora de la Liberación y de la madurez de América Latina. Al mismo tiempo los movimientos de protesta en Europa Occidental y los Estados Unidos junto con el crecimiento del movimiento revolucionario en Vietnam y otras partes del mundo difundieron en África, Asia y América Latina la sensación de que mediante una vasta alianza internacional era posible vencer a la república norteamericana en crisis. El imaginario nacionalista postcolonial proyectaba en su visión del Otro dominante la de sí mismo: si la unidad del Estado y la movilización de las masas son los instrumentos fundamentales para la consolidación de la identidad nacional, quien no dispone de ellos es débil. Por su carácter proyectivo esta visión obviaba considerar las circunstancias histórico-culturales específicas de cada país así como cuestionar el rol de las élites urbanas de clase media autopercibidas como revolucionarias. Tampoco tenía en cuenta las mentalidades de los sectores populares que pretendía movilizar.

Pero en ese cálculo desconocieron una diferencia determinante de la fuerza de los Estados Unidos: la idea religiosa de su misión en el mundo que cohesiona su comunidad simbólica y les da la fuerza que moviliza recursos materiales de todo tipo. Si bien los grupos más radicales de los movimientos afro- y mexicano-americanos en esos años se

alzaban contra el sistema, la mayoría de los opositores a la guerra de Vietnam y los propagadores de las nuevas contraculturas protestaban contra lo que percibían como abandono del “mensaje fundacional” de los Estados Unidos. Al refundacionalismo y el miedo a la potencial agresión externa se sumó en 1973 la derrota en Vietnam y la sensación de amenaza provocada por la primera crisis del petróleo.

La diferenciación externa promovida por el nacionalismo revolucionario latinoamericano se combinó con rupturas internas significativas. La masacre cometida por el ejército mexicano contra un acto de masas en Tlatelolco el 3 de octubre de 1968 y la ruptura pública de Montoneros con Perón durante la manifestación del 1° de mayo de 1974 acarrearón en el primer caso la destrucción y en el segundo la separación del nacionalismo revolucionario de su tronco original.

La contraofensiva reaccionaria puesta en marcha en Brasil en 1969, luego extendida y profundizada por la “Operación Cóndor” (Mariano 1998) a todo el Cono Sur con los golpes de estado en Uruguay (1973), Chile (1973) y Argentina (1976), se dirigía al aniquilamiento físico de las contraélites y la creación de un clima de terror que disuadiera de toda protesta para reducir la participación de los sectores populares, expropiar sus bienes y apropiarse de los aparatos estatales para saquearlos. Las dictaduras terroristas combinaron en sus proyectos nacionales el reaccionarismo colonial y preconciliar con el neoliberalismo de élites conservadoras asociadas mayormente a grandes corporaciones norteamericanas. Aunque los golpes de estado fueron mayormente organizados y conducidos por fuerzas militares y élites locales, el apoyo externo fue determinante de su éxito.

El antimperialismo revolucionario nunca formuló estrategias de gobierno¹³. Estrujado entre los dos grandes bloques mundiales perdió rápidamente su autonomía, mientras que su elitismo le hacía desconfiar de los propios sectores populares en cuyo nombre pretendía actuar y la bárbara represión sufrida por sus activistas y los pueblos no les dio tiempo para madurar.

Su visión de la unidad continental puede considerarse como cesarista y cercana al bolivarismo (Zea 1976), porque de la acción militar liberadora esperaban la creación de conciencia revolucionaria y su propia legitimación como élite dirigente. Su mitificación de la ética revolucionaria y del ambicionado „hombre nuevo“ (aspectos ambos de hondas raíces cristianas) lo remiten a tradiciones latinoamericanas de la Independencia y las guerras civiles del siglo XIX, pero también del espíritu misionero desde el siglo XVI. Este capítulo de la historia de las ideas en América aún está por escribirse.

Los EE.UU. entraron en la guerra de Vietnam empujados por el internacionalismo liberal de John F. Kennedy. Una vez adentro, sólo pudieron salir derrotados en 1973 (Campbell/Kean 1997:248-67; Smith 1995:206-08). La política internacional de R. Nixon (1969-74), su secretario de Estado H. Kissinger y el sucesor G. Ford (1974-77) fue forzosamente “realista” en términos europeos, porque intentaba disminuir las pérdidas. Pero al hacerlo sostuvo la totalitaria Doctrina de la Seguridad Nacional y la ofensiva

¹³ Aún después de veinte años para una crítica diferenciada del antimperialismo revolucionario de los años 70 sigue siendo recomendable un artículo publicado por Leopoldo Mármora (1981). Para la fundamentación teórica véase su libro (id., 1983).

reaccionaria en América Latina (Smith 1995:208-09). Jimmy Carter (1977-81) intentó contrarrestar esa influencia con una política global de derechos humanos con la que salvó algunas vidas y recuperó la confianza de sectores democráticos y liberales, pero se enajenó los conservadores y reaccionarios.

La falta de visiones, la agudización de la Guerra Fría desde 1977 (despliegue de los cohetes soviéticos de alcance medio en Europa Central), los golpes conservadores contra el Estado de bienestar social luego de las crisis del petróleo de 1973 y 1979 y el aumento de influencia paralelos del fundamentalismo religioso y el neoliberalismo económico, que conquistaron la hegemonía con el triunfo de M. Thatcher en Gran Bretaña en 1979, posibilitaron la victoria de R. Reagan en las elecciones de 1980.

El fin de la dicotomía

Este Presidente fue el organizador de la “restauración conservadora” en todo el continente. Desde la desregulación de los mercados financieros en 1981 hasta la politización del problema de la droga y la carrera armamentista cambió el sistema mundial mientras sometía a América Latina al control estadounidense. El tratamiento de la deuda externa y del narcotráfico, así como intervenciones militares fueron sus instrumentos básicos.

La Guerra por las Islas Malvinas entre Argentina y Gran Bretaña en abril-junio de 1982 ratificó la hegemonía militar de los países de la OTAN sobre América Latina y redujo el espacio diplomático de la gran mayoría que apoyó a Argentina. En tanto la declaración mexicana de la moratoria, en octubre del mismo año, desató la crisis de la deuda externa.

La guerra mencionada implicó un choque para la visión norteamericana del continente. Que uno de los más radicales ejecutores del terrorismo de estado fuera capaz de desafiar militarmente al principal aliado de los Estados Unidos, ganar el apoyo de la mayoría de los gobiernos y pueblos del continente, de Fidel Castro, del bloque soviético y de muchos países afro-asiáticos convenció a Reagan de promover para América Latina las mismas reformas democráticas reclamadas para Europa Oriental, consolidando a las élites aliadas para evitar cambios radicales. Esta política de “*constructive engagement*”¹⁴ fue aplicada por el nuevo Secretario de Estado George Schulz desde mediados de 1982 (Smith 1995:286-87).

Cuando en octubre del mismo año México declaró la moratoria en el pago de la deuda externa se produjo el pánico en los mercados financieros. En el continente esta crisis afectó fundamentalmente a los países mayores. Su gestión fue pronto parte de la estrategia norteamericana de democratización controlada del continente: desde entonces la

¹⁴ „The term ‘*constructive engagement*’ was first used in the Reagan administration by Chester A. Crocker, shortly before he became assistant secretary for African affairs in 1981. (...) Wherever it was applied, *constructive engagement* aimed at creating a climate of confidence, reassuring foreign governments of American commitment to their regime in the process of a difficult transition to democracy” (Smith 1995:274).

aprobación de los créditos que los países deudores solicitan ante los organismos financieros internacionales depende de la aplicación de medidas de democratización política, de la apertura comercial y de la desregulación radical de sus economías reclamadas por la ideología neoliberal (Smith 1995:291). Los “planes de ajuste estructural” del FMI y la iniciativa del Secretario del Tesoro Nicholas Brady en 1987 para renegociar la deuda vinculándolo a la privatización de las empresas públicas que lleva su nombre completaron el esquema.

Estas iniciativas integraron sin reservas a América Latina en el modelo político-económico y cultural mundial de orientación neoliberal. La democratización del continente desde 1982 consolidó a las élites que se habían apoderado del Estado en los 60 y 70, confirmó la segregación de la mayoría de la población, garantizó el control externo de sus economías y aseguró la vigilancia de agencias norteamericanas sobre su vida cotidiana. Posteriormente se incorporaron a su control otros países hasta constituir un esquema de control continental.

Así la restauración conservadora en América Latina calmó internamente el miedo estadounidense a los riesgos de una “democratización descontrolada” para su seguridad. Este control exterior se combinó con el desmontaje de los equilibrios internos heredados.

Las políticas continentales de sus sucesores George Bush (1989-93) y Bill Clinton (1993-2001) se caracterizaron por la consolidación de la restauración conservadora. La victoria de los Estados Unidos en la Guerra Fría y el crecimiento económico continuado hasta el 2000 los convirtieron en única superpotencia mundial. En América Latina ratificaron ese papel en la Navidad de 1989 cuando invadieron Panamá y masacraron a 4.000 civiles buscando al General Noriega. Desde entonces quedó claro quién era el patrón indiscutido del continente. “El corto siglo XX” había terminado y con él la dicotomía que organizaba a las Américas.

En el nuevo modo de sujeción norteamericana del continente se fusionan el globalismo uniformizante, la penetración extensa de la vida pública, la disposición sobre sus recursos económicos, la garantía del funcionamiento de ciertas reglas democráticas y la asunción como propios de los problemas latinoamericanos (Spielmann 2000:10).

La ideología de la “globalización” combina el internacionalismo liberal con el “realismo”: si el mundo es uno y su historia acabó en 1989, la relación entre la ideología y la defensa de intereses específicos depende de la oportunidad.

Esta nueva forma de dominación mundial la denominan algunos autores “Imperio”. A diferencia del imperialismo clásico el nuevo modo de dominación, siguiendo en este punto a Michael Hardt y Antonio Negri (2000), forma parte de la estructura de casi todos los países. El Imperio tiene varios centros de poder (el gobierno de los Estados Unidos, la Unión Europea, Japón, los encuentros de los países del G-8, la OCDE, la OMC, el FMI y el Grupo del Banco Mundial) que actuando descentralizadamente y acordando sus estrategias en determinados puntos y situaciones específicos forman la conducción y su entorno. El Imperio tiene un orden jurídico originado en el sistema de las Naciones Unidas, tal como éste se desarrolló desde 1945, y desarrollado desde 1991 hasta la actualidad. Este orden está animado por la contradicción entre la vigencia de la versión liberal de los derechos humanos predominante desde 1948 y la aplicación cada vez más subjetiva del derecho de

intervención previsto en la propia Carta de la ONU. La aplicación de este derecho bajo condiciones de intereses económicos, políticos, militares y de seguridad contradictorios entre los integrantes del Imperio, sus aliados y subordinados lleva a nuevos conflictos que alejan el ideal de un orden mundial estable basado en la vigencia de los derechos humanos. Para resolver estos nuevos conflictos se hacen necesarias nuevas intervenciones que a su vez crean nuevos conflictos, etc., etc. Parafraseando las tesis de Carl Schmitt sobre “el estado de emergencia permanente” como realidad del Estado moderno los autores subrayan “la intervención permanente” como característica del Imperio.

Después de los atentados terroristas del 11 de setiembre de 2001 el gobierno de los Estados Unidos combinó la formación de una alianza internacional abarcadora –por las buenas o por las malas- de casi todos los gobiernos del mundo con la conducción unilateral de la guerra en Afganistán. Muchos analistas internacionales han señalado el *unilateralismo* como característica diferencial de la nueva política internacional norteamericana. En combinación con el despliegue internacional de un potencial militar nunca antes visto, la conducción norteamericana introdujo en el propio país una serie de medidas de seguridad que revirtieron las reglas del Estado de derecho: todo ciudadano es potencialmente sospechoso hasta que se demuestre lo contrario. Distintos comentaristas han calificado este nuevo principio de legitimación como “el Estado de prevención”. Para prevenir los riesgos contra la libertad el Estado suspende las libertades civiles y las pone bajo su control.

Paralelamente la intervención del Estado para reactivar la economía en crisis mediante inversiones directas, grandes gastos militares y de seguridad y la acentuación del proteccionismo externo han modificado sustancialmente la ecuación neoliberal de los últimos veinte años sin que todavía pueda verse adónde llevará esta nueva política. La autocensura de la prensa y las facultades otorgadas por el Congreso de Washington al Presidente George W. Bush finalmente han debilitado los controles y equilibrios democráticos característicos del sistema norteamericano y concentrado tantas facultades en el Presidente como no sucedía desde la Segunda Guerra Mundial.

Es difícil prever las implicancias de este giro tan radical para las relaciones intracontinentales, pero es evidente que la flexibilidad se ha reducido aún más, que la tendencia de los EE.UU. a imponer más que a negociar aumentará, que la represión y las intervenciones de organismos de seguridad y militares remplazarán todavía más fuertemente a la negociación y al compromiso como modo de resolver problemas sociales.

Las derrotas de los años setenta, el fin de los nacionalismos y la absolutización del discurso imperial extendieron en el pensamiento latinoamericano un sentimiento de debilidad y desorientación. La desarticulación de los Estados nacionales deslegitimó sus marcos de referencia. Las élites y los intelectuales latinoamericanos volvieron a oscilar entre el sometimiento anticipado a los designios de Washington y el abandono de la escena pública.

La primera reactivación se dio en 1992: las caóticas “celebraciones” del Quinto Centenario (García Canclini 2000:61) y la Conferencia de la ONU sobre el Medio Ambiente en Rio de Janeiro propiciaron distintos “redescubrimientos” de América Latina por los latinoamericanos. Se recuperó la noción de espacio urbano y rural, los indígenas tomaron consciencia de la dimensión continental de su situación, los historiadores

ampliaron las dimensiones de sus estudios, la “filosofía nuestroamericana” (Cerutti 2000) se consolidó como corriente (no sólo) académica y los “estudios culturales latinoamericanos” (Rincón 1994:5-10) se independizaron de sus modelos europeos y norteamericanos. Rompiendo con los marcos heredados la intelectualidad del continente comenzó a pensar transnacionalmente.

El alzamiento zapatista en Chiapas en 1994 confirmó en la práctica el pasaje a una etapa transnacional. Por primera vez desde comienzos del siglo XX una organización revolucionaria con base popular no se alzaba para tomar el poder sino para democratizar y “desnacionalizar” el estado existente.

La evolución de la guerra civil en Colombia es central para el futuro interamericano. Los Estados Unidos amenazan con el “Plan Colombia” agudizar y extender la guerra civil de este país. En el discurso moral dominante en EE.UU. la guerra contra el narcotráfico proyecta al exterior el propio problema de la droga y sirve internamente para segregar a sus víctimas. Además es un instrumento para diferenciarse nuevamente de América Latina. Es así que los atributos adjudicados a los narcotraficantes colombianos incorporan los estereotipos sobre los latinoamericanos usados durante el siglo XX.

Pero también la suerte del proceso reformista venezolano será un test para las percepciones mutuas entre América Latina y los Estados Unidos. Si el comienzo de la tímida reforma agraria propuesta ya genera reacciones conspirativas de los sectores reaccionarios y corruptos –que nos recuerdan episodios similares en los años 70- y el gobierno de Washington no las condena desde el inicio, es que las soluciones intermedias pierden vigencia. El surgimiento de un nuevo rechazo generalizado contra esta política de los Estados Unidos puede ser la respuesta consecuente.

Las nuevas fronteras

La dicotomía que sirvió de base a la construcción de identidades y a la concentración de voluntades de poder entre las Américas durante más de 90 años ha desaparecido. En su lugar nuevas fronteras inducen nuevas identidades y nuevas relaciones de poder: los Estados Unidos extendieron su dominación sobre todo el continente, ampliándola y profundizándola hacia todos los aspectos de la vida social. Pero al hacerlo agudizan la contradicción que los signa desde 1898: su ideal rector de la Libertad como misión universal junto con la dinámica de su desarrollo económico los impulsa a la expansión ininterrumpida en el mundo. Pero ese mismo ideal de la Libertad les impide aceptarse a sí mismos en los términos “realistas” tradicionales de las antiguas potencias europeas e integrar en su sistema político poblaciones que no se ajustan a su ideal de ciudadanía (Walzer, 1997 [1990]).

Al mismo tiempo la América Latina sometida está por un lado extendiendo su comunidad de cultura por la sociedad norteamericana, segmentándose hacia su interior en numerosas identidades parciales, alguna de las cuales ya no se reconocen en el marco latinoamericano general, y replegándose sobre sí misma a la búsqueda y espera de nuevos referentes abarcadores.

En la mayor parte de la literatura sobre el proyecto norteamericano en el siglo XX sólo hay referencias marginales a la presencia latinoamericana en el mismo. Desde 1823 los Estados Unidos han afirmado reiteradamente su derecho a tutelar el continente justificándose en su misión universalista, en las necesidades de su seguridad nacional y en los intereses de sus empresas. Pero esta triple justificación suponía que América Latina era externa al espacio de los Estados Unidos. De ese modo, éstos podían „exportar“ sus conflictos internos, „filtrando“ mediante sus aparatos culturales la repercusión en su propia sociedad de la violencia ejercida más allá de sus fronteras (Aparicio 1995:384).

Los Estados Unidos se imaginan a sí mismos como producto de una ruptura con Europa, pero niegan a América Latina el derecho a la ruptura con la imagen que ellos tienen de “América”. Esta incoherencia ha creado en los 90 un creciente malestar en la cultura norteamericana. A partir de Freud sabemos que todo malestar en la cultura debe ser resuelto mediante la reflexión sobre sus fuentes o provocará una desviación proyectiva necesariamente violenta. Este es el caso actual de los Estados Unidos: la necesidad compulsiva de imponer su orden en todo el mundo de una sola vez los lleva a adoptar la guerra permanente como instrumento de intimidación de los pueblos sometidos. Pero esta estrategia sólo puede generar reacciones similares hasta producir una espiral de mutua destrucción.

Los espacios territoriales de producción de identidad y poder de los Estados Unidos y de América Latina están actualmente casi yuxtapuestos. Pero tanto las reglas de funcionamiento de sus comunidades simbólicas como los parámetros de formación de voluntad de poder son diferentes. Mientras que la república norteamericana se ha embarcado en una dinámica imperial (Hardt/Negri, 2000) caracterizada por la contradicción entre la expansión de la versión liberal de los derechos humanos en el mundo y la aplicación del derecho de intervención previsto en la Carta de las Naciones Unidas, las sociedades latinoamericanas continúan dispersándose y evitando el enfrentamiento. Pero no dejan de presentar resistencias múltiples al intento de dominación total en marcha. Sólo que no constituyen centros de poder vulnerables a ataques que –como lo demuestra Afganistán, como se insinúa ya en Venezuela- son devastadores. Parece una guerra de guerrillas no proclamada por nadie y sin armas en la mano (excepto en Colombia).

Después del nacionalismo popular, del antimperialismo revolucionario y del terrorismo de Estado América Latina está buscando un nuevo orden social y simbólico. La desaparición de la dicotomía y la uniformación imperial crearon condiciones para formular identidades postnacionales. Hoy es posible redefinir a América Latina como una de las culturas mundiales a partir de su relatividad¹⁵. Haciéndolo se crearían las bases para racionalizar y atenuar el conflicto intracontinental, se comenzaría a construir una identidad cultural plural acorde con la realidad histórica de la comunidad y se posibilitaría la concentración de voluntades de poder democráticas, pluralistas y orientadas a la consecución de la justicia.

¹⁵ Esta idea es vecina a la definición de N. García Canclini sobre “el glocalismo” expuesta nuevamente en la inauguración del Congreso de Hispanistas en la Universidad de Leipzig, el 9 de marzo del 2001.

Los primeros responsables de esa tarea son los intelectuales latinoamericanos que deben abandonar su pesimismo y colonialismo para asumir su responsabilidad frente a sus sociedades y al mundo. Deben reorientar el estudio, la enseñanza y el debate de acuerdo a parones propios del continente. En esa tarea es indispensable respetar el carácter historicista del pensar latinoamericano (Cerutti 2000:99-118). Es necesario estudiar la historia del proyecto norteamericano para rastrear en él las huellas de la presencia latinoamericana. Lo mismo vale a la inversa para las interacciones de los proyectos latinoamericanos con las visiones de las culturas sometidas.

El historicismo es eficiente en las ciencias sociales, las artes y la filosofía, pero también en el campo de las ciencias naturales para reincluir la evolución de las sociedades del continente en la evolución general del mismo y estudiar la historia de las ciencias exactas y naturales así como de las técnicas en su contexto social y en sus interrelaciones mundiales. Al hacerlo el pensamiento latinoamericano estaría retornando a sus fuentes. Con su viaje por América entre 1800 y 1805 Alexander von Humboldt no sólo fundó los modernos estudios científicos sobre América Latina, sino que formó a una gran cantidad de intelectuales y científicos en las teorías que él y su hermano Wilhelm aprendieron del geógrafo revolucionario Georg Foerster. La mayoría de esos intelectuales fueron asesinados durante la reacción monárquica de 1814, pero la concepción historicista unificadora de las ciencias exactas y naturales con las sociales y las humanidades sigue estando vigente. Se trata de una perspectiva original latinoamericana de proyecciones mundiales.

La preocupación por el contexto inmediato debe combinarse con una intervención decidida en los grandes debates mundiales. Todos ellos tienen repercusiones sobre América Latina. Mucho más deben registrar la huella diferencial de intervenciones latinoamericanas.

Por razones de concentración, lugar y tiempo en este trabajo no se han considerado las visiones euro-latinoamericanas en su interrelación y su influencia sobre la definición de ambas identidades¹⁶ pero este tratamiento es imprescindible para completar el cuadro.

Una nueva mestización está en marcha en el Continente; un proceso que supone el ejercicio de poder y de disciplinamiento sobre cuerpos, sentimientos y consciencias. Pero el saber sobre los aportes de cada parte puede reducir los efectos traumáticos del mismo.

Definir el nuevo carácter de las identidades culturales y de las condiciones para la formación de voluntades de poder es imprescindible para dar sentido a todo juicio sobre las Américas. Este ha sido sólo un aporte inicial. Quien conoce, reconoce. Quien reconoce, valora. De la valoración mutua entre las Américas depende la posibilidad de que entren finalmente en diálogo, única alternativa a la destrucción.

Magdeburgo, diciembre de 2001

Bibliografía básica

¹⁶ También en este aspecto América Latina está más avanzada. Mientras que en el subcontinente nadie duda de la influencia europea sobre su identidad, lo contrario no está tan claro en Europa.

- Acosta, Yamandú 2001: *Ariel de Rodó, un comienzo de la filosofía latinoamericana y la identidad democrática de un sujeto en construcción. Un panfleto civil en la perspectiva de la función utópica del discurso*, Cuadernos Americanos N° 88, UNAM, México, pp. 199-221.
- Aparicio, Frances 1995: “Latino and Latina cultures”, en: Wightman Fox, Richard/Kloppenber, James T. (eds.), *A companion to American thought*, Blackwell, Oxford (UK)/Cambridge (USA), pp. 383-86.
- Campbell, Neil/Kean, Alasdair 1997: *American Cultural Studies*, Routledge, London.
- Castells, Manuel 1997: *End of Millenium*, Blackwell, Padstow (UK).
- Castells, Manuel 1998: “Essential matter – Informational capitalism and social exclusion”, en: *UNRISD News*, Nr. 19, Autumn/Winter, <http://www.unrisd.org/engindex/publ/news/19eng/castnews.htm>, 24-1-01.
- Cerutti Guldberg, Horacio 2000: *Filosofar desde Nuestra América*, Centro Coordinador y Difusor de Estudios Latinoamericanos (UNAM)/Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias (UNAM)/Miguel Angel Porrúa ed., México D.F.
- Ette, Ottmar/Heydenreich, Titus (eds.) 2000: *José Enrique Rodó y su tiempo*, Vervuert Verlag/Iberoamericana, Francfort d.M./Madrid.
- Fender, Stephen 1993: “The American Difference”, en: Gidley, Mick (ed.), *Modern American Culture: An Introduction*, Longman, London/Nueva York, pp. 1-22.
- Foucault, Michel (1994): “Cours du 7 janvier 1976”, en: id., *Dits et écrits 1954-1988*, vol. III: 1976-1979, Seuil, París, pp. 160-174.
- Foucault, Michel (1994): “Cours du 14 janvier 1976”, en: id., *Dits et écrits 1954-1988*, vol. III: 1976-1979, Seuil, París, pp. 175-189.
- Foucault, Michel (1994): “L’oeil du pouvoir”, en: id., *Dits et écrits 1954-1988*, vol. III: 1976-1979, Seuil, París, pp. 190-207.
- Foucault, Michel (1994): “Les rapports de pouvoir passent à l’interieur des corps”, en: id., *Dits et écrits 1954-1988*, vol. III: 1976-1979, Seuil, París, pp. 228-236.
- Foucault, Michel (1994): “Le pouvoir, une bête magnifique”, en: id., *Dits et écrits 1954-1988*, vol. III: 1976-1979, Seuil, París, pp. 368-382.
- Foucault, Michel (1994): “Pouvoirs et stratégies”, en: id., *Dits et écrits 1954-1988*, vol. III: 1976-1979, Seuil, París, pp. 418-428.
- Foucault, Michel (1994): “Dialogues sur le pouvoir”, en: id., *Dits et écrits 1954-1988*, vol. III: 1976-1979, Seuil, París, pp. 464-477.
- Foucault, Michel (1994): “La philosophie analytique de la politique”, en: id., *Dits et écrits 1954-1988*, vol. III: 1976-1979, Seuil, París, pp. 534-551.
- Foucault, Michael (1994): “Précisions sur le pouvoir. Réponses à certaines critiques”, en: id., *Dits et écrits 1954-1988*, vol. III: 1976-1979, Seuil, París, pp. 625-635.

- Foucault, Michael (1994): “La «gouvernementalité»”, en: id., *Dits et écrits 1954-1988*, vol. III: 1976-1979, Seuil, París, pp. 635-657.
- Foucault, Michael (1994): “M. Foucault. Conversation sans complexes avec le philosophe qui analyse les «structures du pouvoir»”, en: id., *Dits et écrits 1954-1988*, vol. III: 1976-1979, Seuil, París, pp. 669-678.
- Foucault, Michael (1994): “Foucault étudie la raison d’État”, en: id., *Dits et écrits 1954-1988*, vol. III: 1976-1979, Seuil, París, pp. 801-805.
- García Canclini, Néstor 2000: “América Latina entre Europa y Estados Unidos: mercado e interculturalidad”, en: Spielmann, Ellen (ed.), *Las relaciones culturales entre América Latina y Estados Unidos después de la Guerra fría*, Wissenschaftlicher Verlag, Berlín, pp. 61-78.
- García Canclini, Néstor 2001: *Discurso inaugural del Congreso de la Asociación Alemana de Hispanistas*, Universidad de Leipzig, 9 de marzo del 2001.
- de la Gorce, Paul-Marie 1999: “L’Alliance atlantique, cadre de la hégémonie américaine”, en: *Le Monde Diplomatique*, París, Abril, http://www.monde-diplomatique.fr/1999/04/DE_LA_GORCE/11893.html, 9-2-01.
- Habel, Janette 2000: “Intégration à marche forcée pour les Amériques”, en: *Le Monde Diplomatique*, París, octubre, pp. 12-13.
- Halimi, Serge/Wacquant, Loïc 2000: “Démocratie à l’américaine”, en: *Le Monde Diplomatique*, París, diciembre, pp. 1 y 6-7.
- Hardt, Michael/Negri, Antonio 2000: *Empire*, Harvard University Press, Cambridge (Mass.)/Londres (UK).
- Koenig, Hans-Joachim 1992: “El intervencionismo norteamericano en Iberoamérica”, en: Lucena Salmoral, Manuel (ed.), *Historia de Iberoamérica*, Vol. III, Ed. Cátedra, Madrid, pp. 405-478.
- Lammersdorf, Raimund 1994: *Anfänge einer Weltmacht*, Akademie-Verlag, Berlín.
- Lerner, Max 1958: *America as a civilization*, Jonathan Cape, London.
- Mariano, Nilson Cezar 1998: *Operación Cóndor*, Lohlé-Lumen, Buenos Aires.
- Mármora, Leopoldo 1981: “Populisten und Sozialisten: Getrennte Geschichte - gemeinsame Ziele? Zur Diskussion über Nation und Demokratie in Argentinien”, en: Bennholdt-Thomsen, V. y otros (eds.), *Lateinamerika. Analysen und Berichte* 5, Berlín, pp. 65-106.
- Mármora, Leopoldo 1984: *Por un concepto socialista de Nación*, Siglo XXI Eds., México D.F.
- Smith, Tony 1994: *America’s mission*, Princeton University Press, Princeton (NJ).
- Spielmann, Ellen (ed.) 2000: *Las relaciones culturales entre los Estados Unidos y América Latina*, Wissenschaftlicher Verlag, Berlín.
- Tindall, George Brown/Shi, David E. 1984: *America – A narrative History*, W.W. Norton & Co., Nueva York/Londres.

- Vior, Eduardo J. 1985: “Nación y nacionalismo en América Latina”, en: *Concordia*, Nro. 8, Aquisgrán (D), pp. 20-35.
- Vior, Eduardo J. 1991: *Bilder und Projekte der Nation in Brasilien und Argentinien*, Tesis de doctorado, Universidad de Giessen (D), microfilmado.
- Vior, Eduardo J. 2000: „Visiones de ‘Nuestra América’, visiones de la ‘Otra América’ y las nuevas fronteras“, en: *Cuadernos Latinoamericanos*, año 12, julio, nueva época, Maracaibo (Ven) pp. 22-53,.
- Vior, Eduardo J. 2001¹: „Las visiones de ‘Nuestra América’, las visiones de la ‘Otra América’ y las nuevas fronteras“, en: Instituto de Estudios Ibéricos e Iberoamericanos de la Universidad de Varsovia - Fonet Betancourt, Raúl/Wojcieszak, Janusz (coord.), *Itinerarios*, vol. 4, Varsovia (Pl), pp. 161-186.
- Vior, Eduardo J. 2001²: “Visiones de Calibán – Visiones de América“, en: *El Hermes Criollo*, año 1, número 1, octubre, Montevideo (Uy), pp. 5-25.
- Walzer, Michael 1997 [1990]: “What does it mean to be an ‘American’?”, en: Hollinger, David A./Capper, Charles (eds.), *The American intellectual tradition, Vol. II: 1865 to the present*, 3a. edición, Oxford University Press, New York/Oxford (UK), pp. 437-49.
- Werz, Nikolaus 1992: *Das neuere politische und sozialwissenschaftliche Denken in Lateinamerika*, Arnold-Bergstraesser-Institut, Friburgo i.B. (D).
- Zuleta, Enrique 1998: “Los Estados Unidos y la Guerra del 98”, en: *Cuadernos Hispanoamericanos*, nros. 577-78, Madrid, pp. 111-57.
- Otra literatura utilizada**
- Aínsa, Fernando 2000: “Ariel, una lectura para el año 2000” en: Ette, Ottmar/Heydenreich, Titus (eds.) 2000: *José Enrique Rodó y su tiempo*, Vervuert Verlag/Iberoamericana, Francfort d.M (D)/Madrid.
- Anderle, Adam 1992: “El Populismo (1929-48)”, en: Lucena Salmoral, Manuel (ed.), *Historia de Iberoamérica*, Tomo III, Ed. Cátedra/Vº Centenario, Madrid.
- Carmagnani, Marcelo, 1992: “El Nacionalismo”, en: Lucena Salmoral, Manuel (ed.), *Historia de Iberoamérica*, Tomo III, Ed. Cátedra, Madrid.
- Chomsky, Noam 1999: *Profit over People. Neoliberalism and Global Order*, Seven Stories Press, New York.
- Collier, David (ed.) 1979: *The new authoritarianism in Latin America*, Princeton (NJ).
- Chiaromonte, Juan Carlos 1982: “Coyunturas de ruptura y crisis de sistema”, en: *Revista Mexicana de Sociología*, año XXXIX, Nro. 152, Octubre, México D.F.
- Darío, Rubén 1989 [1898]: “El triunfo de Calibán”, en: id., *Crónicas Políticas*, Alianza Ed., Madrid, pp. 161-166.
- Diamond, Jared 1997: *Guns, Germs and Steel*, W.W. Norton Co., New York
- Ette, O./Heydenreich, T. (eds.) 1994: *José Martí 1895/1995, Literatura-Política- Filosofía- Estética*, Vervuert Verlag, Francfort d.M. (D).

- Fernández Retamar, Roberto 1996 [1971]: *Calibán / La leyenda negra*, prólogo de Alemany Bay, Carmen, Ed. de la Universitat de Lleida, Lleida (E).
- Hindess, Barry 1997: *Disertaciones sobre el poder. De Hobbes a Foucault*. Ed. Talasa, Madrid.
- Hobsbawn, Eric 1994: *Age of Extremes*, Abacus, Londres.
- Kusch, Rodolfo 2000 [1953]: “La seducción de la barbarie”, 2º ed. (Prólogo: Carlos Cullen) en: id., *Obras completas*, Tomo I, Ed. Fundación Ross, Rosario (RA), pp. 3-134.
- Minson, James 1987: “Strategies for socialists? Foucault’s conception of power”, en: Gane, Michael (ed.), *Towards a critique of Foucault*, Londres/Nueva York.
- Morales Padrón, Francisco 1988: „*Atlas histórico-cultural de América*“, Tomo II, Ed. Gobierno de Canarias, Las Palmas de Gran Canaria (E).
- Oxford Advanced Learner’s Dictionary of Current English* 1989,: Oxford University Press, Oxford (UK).
- Porath, Erik 1997: “Der Apparat”, en: Michels, André/Müller, Peter/Perner, Achim (eds.), *Psychoanalyse nach 100 Jahren*, Ernst Reinhardt Verlag, Múnich (D)/Basilea (CH), pp. 134-68.
- Ramonet, Ignacio 2000: “Un délicieux despotisme”, en: *Le Monde Diplomatique*, París, mayo, p. 5.
- Renan, Ernest 1949 [1878]: “Caliban: Suite de ‘La Tempête’”, en: id., *Oeuvres complètes*, tomo III, pp. 378-401. Paris.
- Real Academia Española (RAE), 2000 [1992]: *Diccionario de la Lengua Española*, 21a. edición, Ed. Espasa Calpe, Madrid.
- Rincón, Carlos 1994: “Die neuen Kulturtheorien: Vor-Geschichten und Bestandaufnahme”, en: Scharlau, Birgit (ed.), *Lateinamerika denken*, Gunter Narr Verlag, Tubinga (D), pp. 1-35.
- Vergara del Solar, Jorge 2000: “La cuestión nacional y el rol del estado en los procesos de integración étnica en el debate latinoamericano y chileno”, en: *Revista de la Academia*, N° 5, otoño, Santiago (CL), pp. 127-168.
- Vox, Diccionario actualizado de la lengua española 1990, Biblograf, Barcelona.
- Wickham, Gary 1987: “Power and power analysis: beyond Foucault?”, en: Gane, Michael (ed.), *Towards a critique of Foucault*, Londres/Nueva York.
- Wilson, Thomas M./Donnan, Hastings (1998): “Nation, state and identity at international borders”, in: id. (eds.), *Nation and state at international frontiers*, Cambridge University Press, Cambridge (UK)/New York, pp. 1-30.
- Zea, Leopoldo 1976: *El pensamiento latinoamericano*. Barcelona.